

¿Cómo estudiar relaciones de influencia en la historia del pensamiento? Dos precauciones

How to study relationships of influence in the history of thought? Two precautions

Octavio Majul*

IIGG-UBA/CONICET

Argentina

Fecha de recepción: 02-09-2021

Fecha de aceptación: 18-01-2022

Resumen

En 1996 el historiador Francis Oakley identificó que entre los y las historiadoras dominaba una angustia de la influencia. Es decir, un temor a señalar que determinado autor había influenciado a determinado otro. Sin embargo, negar toda posibilidad de relaciones de influencia en la historia del pensamiento parece disparatado. Pero ¿cómo rastrear una relación de influencia? ¿Es posible encontrar elementos que diferencien una similitud azarosa en el pensamiento de dos autores o autoras de la utilización directa de ideas de un autor A por parte de otro B?, ¿cuándo y cómo decir que un autor A influyó a un autor B? Para hacerlo, presentamos dos precauciones que, más que señalar el camino lineal para el estudio de toda influencia, indican las coordenadas a partir de las cuales las relaciones de influencia se mueven. Primera precaución: además de la comparación de ideas, conceptos e historia. Segunda precaución: antes que comparar obras completas, rastrear irrupciones singulares.

Palabras clave: Influencia; Teoría Política; Método; Historia intelectual.

Abstract

In 1996 historian Francis Oakley identified that historians were dominated by an anxiety of influence. That is, a fear of pointing out that one author had influenced another. However, to deny any possibility of relationships of influence in the history of thought seems nonsensical. But how to trace a relationship of influence? Is it possible to find elements that differentiate a random similarity in the way of thinking of two authors from the direct use of ideas of an author A by another B? When and how to say that an author A influenced an author B? To do this, we present two precautions that, rather than pointing out the lineal path for the study of all influences, indicate the coordinates in between the influence's relationships move. First precaution: in addition to the comparison of ideas, concepts and history. Second precaution: before comparing complete works, track singular irruptions.

Keywords: Influence; Political Theory; Method; Intellectual History.

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas; Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani. Correo electrónico: omajulcg@gmail.com.

Introducción

Pero es difícil ver si alguien controla mi ser

Carlos Alberto García

No quedaba mucho para terminar mi formación de grado cuando, al mismo tiempo que en un grupo de investigación discutíamos los escritos políticos de Max Weber, me confrontaba con las primeras dos *Consideraciones intempestivas* de Friedrich Nietzsche para una de las materias finales. De la absoluta casualidad de esa lectura en paralelo se impuso algo que parecía a todas las luces un proyecto de investigación para mí. Apenas terminé de leer la crítica fulminante que Nietzsche dirigía a sus contemporáneos por estar “saturados” de investigación histórica, cristalizado finalmente en la identificación de su tiempo como una “edad de los epígonos” (Nietzsche [1873], 2011, p. 715), abrí “El Estado nacional y la política económica”, el discurso inaugural que Weber dio en 1895 al asumir como profesor de economía en la Friburgo, y, sin creerlo, leí: “sobre nuestra cuna colgaba la maldición más terrible que la historia puede darle como bagaje a una generación: el duro destino de ser *epígonos* políticos” (Weber, [1895] 1991, p. 95). ¡Nietzsche y Weber usaban el mismo concepto! Y no parecía una simple casualidad terminológica, ¡lo usaban con una carga teórica similar y en contra de enemigos similares! Incluso Weber refería al espíritu “saturado” de la burguesía de su época y a su carácter “ahistórico”, todos conceptos centrales en las *Intempestivas* de Nietzsche.

¿Qué representaba “mi” “hallazgo”? En principio, la posibilidad de un trabajo comparativo en torno a Nietzsche, Weber y el problema del “epigonismo”. De allí que los meses siguientes me dedicara a leer todo lo posible sobre la relación entre Nietzsche y Weber que, hasta entonces, me era desconocida. En seguida me invadió la confusión y la indigestión: potencialmente cualquier tópico parecía representar un elemento nietzscheano de Max Weber. El diagnóstico de la modernidad como la época de la muerte de Dios y el consiguiente desencantamiento del mundo y pérdida de sentido (Graf zu Solms-Laubach, 2007; Strong, 1992; Warren, 1988); la equiparación entre vida y lucha (Aron, 1981); la pregunta por los diferentes tipos humanos, junto al elogio de la personalidad y la individualidad en sentido aristocrático –encontrando como corolario la celebración de los hombres singulares (Mommsen, 1981; Owen, 1991; Schroeder, 2006; Pinto, 1996); el fondo irracional de lo existente y la consiguiente mediación de la fe para con los valores (Farinetti, 2006; Strauss,

2014, pp. 93-133; Nosoetto, 2015); la difícil relación entre ciencia y valores (Eden, 1983); la exaltación de la acción en sentido eminente (García Pérez, 2008), entre otros, parecían representar tópicos en los cuales Weber acababa por terminar siendo un nietzscheano.

Esta potencialmente infinita capacidad de encontrar elementos de Friedrich Nietzsche en Weber se agravaba al centrarse en el período de la obra de Weber que yo trabajaba: entre 1892 y 1898 no hay citas directas ni referencias a conceptos inequívocamente nietzscheanos en los escritos publicados de Weber. Con ello se imponían las siguientes preguntas: ¿Era posible comprobar si, por ejemplo, en la afirmación weberiana “no creamos que la libertad de acción en la vida terrenal puede ser ganada de otra forma que en el duro combate del humano con el humano” ([1895] 1991, p. 82) se cristaliza una influencia de la idea nietzscheana de que la vida es voluntad de poder? ¿Es solo a través de Nietzsche que se llega a la idea de que la lucha es un elemento ineliminable de la vida? Lo que sucede aquí, como lo enuncian Stephen Turner y George Mazur es que “usualmente existe el problema de la sobredeterminación o, para usar un término estadístico, confusión: las mismas ideas pueden ser atribuidas a múltiples fuentes” (2009, p. 479). La similitud entre dos postulados teóricos o ideas de Weber y de Nietzsche, ¿nos dice necesariamente algo sobre la relación efectiva entre ellos? O, puesto de una manera más universal: ¿es posible encontrar elementos que diferencien una similitud azarosa en el pensamiento de dos autores y la utilización directa de ideas de un autor A por parte de otro B? ¿Cuándo y cómo decir que un autor o autora A influyó a un autor o autora B?

Son estas preguntas las que estimularon una indagación en torno al concepto de influencia en la historia del pensamiento, en específico, político, desde una perspectiva metodológica¹. De aquella indagación surgen dos precauciones que hacen al presente artículo. Para presentarlas partiremos del uso del concepto de influencia por parte de la literatura en torno a la relación entre Nietzsche y Weber. No tanto para aprender sobre ella sino para ganar precisión sobre los modos en que el concepto de influencia se utiliza junto a sus respectivos problemas. En ese sentido el posicionamiento sobre la influencia de Nietzsche en Weber por

¹ Estas indagaciones surgieron en el marco del grupo de investigación “Problemas metodológicos en teoría política” dirigido por Luciano Nosoetto y Tomás Wiczorek. De este trabajo colectivo se publicó, en 2020, *Métodos de teoría política: un manual* teniendo a aquellos como editores del libro. Para comprender el espíritu general que anima la investigación presente recomendamos el capítulo dedicado a la historia intelectual de aquel manual.

parte de tres de los más importantes comentaristas de la obra de este último —Wolfgang Mommsen, Wilhelm Hennis y Wolfgang Schluchter— nos servirá de punto de partida para ganar claridad respecto a las posteriores dos precauciones que obtendremos con ayuda de Quentin Skinner, Francis Oakley, W.T. Jones, Michel Foucault y Jacques Derrida, entre otros. De este modo, tras el primer apartado dedicado al uso del concepto de influencia por parte de Mommsen, Hennis y Schluchter, seguirán otros dos, de diferente longitud, dedicados a cada una de las precauciones que ganaremos y que, por eso, las llevan como título. Así, mientras el segundo apartado se titula “Además de ideas: conceptos e historia”, el tercero lleva el nombre de “Antes que la comparación de obras completas, el rastreo de irrupciones singulares”.

Antes de comenzar es necesario marcar el espíritu de esta intervención metodológica. La noción de precauciones, antes que la de reglas, apunta a evitar la tentación de elevar el método a una técnica universalizable. No pretendemos reducir la práctica teórica a una forma universal-industrial. Nos apoyamos aquí en la idea que acompaña a Schleiermacher cuando hacia el final de su primer discurso “Sobre el concepto de hermenéutica en relación con las indicaciones de F.A. Wolf y el manual de Ast” afirma que: “se abre un período donde las experiencias hermenéuticas son juntadas y recogidas en consejos, pues prefiero emplear esa palabra antes que la de reglas” ([1829] 1999, p. 86). Más al estilo del trabajo artesanal, la sensibilidad y singularidad del objeto —en este caso las irrupciones de influencias— exigen un trabajo igualmente atento a sus singularidades de éste. Cada caso particular exigirá acentuar algunas dimensiones, obviar otras. No obstante, la singularidad de cada búsqueda de influencias, como en las artesanías, no implica que no haya un método en su elaboración ni una enseñanza transmisible sobre su quehacer. Con esto queda claro que, más que señalar el camino lineal al resultado correcto que podría aplicarse sobre cualquier relación de influencias, estas precauciones junto a los consejos que le siguen buscan delimitar el área a partir de la cual es posible la influencia en cuanto tal.

En torno a un concepto mitológico de influencia

Partir de los trabajos de los tres comentaristas principales de la obra de Max Weber — Wolfgang J. Mommsen, Wilhelm Hennis y Wolfgang Schluchter— y en especial de su posicionamiento respecto a la influencia de Friedrich Nietzsche en Weber solo tiene sentido

si, al extraer el concepto específico de influencia que movilizan y sus respectivas consecuencias teóricas, ganamos profundidad en el problema de la influencia en cuanto tal. Es este problema, el de la influencia y su estudio en la historia del pensamiento, y no sus posicionamientos particulares respecto a Nietzsche y Weber los que nos son de interés. Es que, causal o casualmente, en el trabajo que estos tres autores hacen sobre la influencia de Nietzsche sobre Weber podemos ver los problemas de un concepto mitológico, antes que metodológico, de influencia².

Tanto Mommsen como Hennis muestran reparos la búsqueda de influencias a través del estudio de la superficie de los textos tomados individualmente. En el caso de Mommsen, en su “Pensamiento histórico—universal y pensamiento político en Max Weber”, tiene como objetivo mostrar en qué medida el pensamiento político de Weber está enraizado en una concepción específica de la historia universal y qué lugar ocupa Nietzsche en tal concepción. Es decir, se dedica a la “aprehensión del esquema básico histórico-universal que subyace a su obra sociológica y a sus concepciones políticas” (Mommsen, 1965, p. 560).

Luego de exponer este pensamiento que subyacería a la obra weberiana en su totalidad y tras compararlo con la obra de Nietzsche, Mommsen obtiene que Weber “era el discípulo de Nietzsche” (1965, p. 568). Rastrear procedencias específicas se muestra insuficiente para sostener una hipótesis de cuño general sobre la totalidad de la obra. Si Weber era nietzscheano o si Nietzsche influye en la concepción general que subyace a la obra de Weber no se puede derivar de elementos particulares, lo mismo sucede con el interrogante de si su concepción histórico-universal es nietzscheana o es influenciada por Nietzsche. En otro texto, titulado “La estructura antinómica del pensamiento político de Max Weber”, publicado en 1981, Mommsen resume este modo de rastrear influencias. Allí sostiene que “en la estructura fundamental de su pensamiento [...] existen pues grandes similitudes entre Weber y Nietzsche” (1981, p. 39). Esta similitud profunda hace que, a pesar de que “Nietzsche es citado de manera explícita muy raramente [...] se puede afirmar sin dudas, que Weber fue influenciado profundamente por Nietzsche (Mommsen, 1981, p. 39).

² Es Quentin Skinner (2010) quien refiere a las mitologías de investigación como aquellas prácticas que, por sus inconsistencias metodológicas, nos llevan lejos de un conocimiento claro de aquello que queremos estudiar.

Los señalamientos que Wilhelm Hennis realiza sobre el concepto de influencia en su artículo “Las huellas [Spuren]³ de Nietzsche en la obra de Max Weber” de 1986 poseen muchas resonancias con lo marcado por Mommsen. Hennis afirma que es necesario investigar “la cuestión de la influencia de Nietzsche de una manera más precisa”, aunque luego marca que “evidentemente el concepto de ‘influencia’ exige cierta relativización” (1986, p. 385). Es que, para Hennis, si bien es necesario realizar un trabajo filológico e histórico que rastree la procedencia nietzscheana de algunos elementos, le “parecen más fundamentales la ‘sintonía’ y la ‘inspiración’ de Max Weber que se constituyen a través de la conciencia epocal y el modo de interrogar de Nietzsche” (1986, p. 385). Esto, admite él, “raramente permite una derivación filológica exacta” (Hennis, 1986, p. 385). Del mismo modo que Mommsen, Hennis cree que aquello que es más fundamental no se encuentra en la superficie de los textos y que es necesario captar aquello que está por detrás y unifica los textos tomados individualmente⁴.

Tanto en Mommsen como en Hennis, el proceso de rastrear influencias parece tener que ver con: 1) obtener las ideas principales de un autor B y 2) observar su similitud o diferencia con las del autor A. En ambos casos, la búsqueda de un suelo unitario y fundamental de un pensador o pensadora exige dejar en segundo plano toda manifestación particular que pueda encontrarse en este o aquel texto.

En 1996, Wolfgang Schluchter escribe “Actual inactual. De Friedrich Nietzsche a Max Weber pasando por Georg Simmel” y toma posición en el debate sobre la influencia de Nietzsche sobre Weber. Para Schluchter, aún si fuera cierto que Weber, por ser hijo de su época, estuviera marcado por la influencia de Nietzsche, “queda abierto, cómo se enfrenta a la influencia [ya que] ésta puede ser afirmativa o crítica” (Schluchter, 1996, p. 168). Por ello,

³ El concepto de huella o rastro ha sido elegido, también, como alternativa al concepto de influencia. Así es el caso de José M. González García en *Las huellas de Fausto. La herencia de Goethe en la sociología de Max Weber*. Otro concepto alternativo al de influencia es el de afinidad electiva —utilizado por el propio Weber para sintetizar la relación entre ética protestante y espíritu del capitalismo. El propio González García vuelve a ser ejemplo con su *La máquina burocrática (Afinidades electivas entre Max Weber y Kafka)* de 1989. En nuestro caso, creemos que los conceptos huella, afinidad electiva e influencia no son intercambiables, o bien que solo sirven como un eufemismo para relativizar la afirmación que se busca.

⁴ La nobleza obliga a señalar que, a pesar de todas sus reservas frente a las investigaciones históricas y filológicas, sería falso creer que Hennis las rechaza *tout court*. Él mismo afirma buscar saber con exactitud “cuando Weber leyó a Nietzsche [ya que] esta pregunta no fue respondida anteriormente” (1986, p. 385) al mismo tiempo que gran parte de las evidencias que utiliza son filológicas e históricas. Aun así, su preocupación fundamental sigue siendo la de obtener un problema fundamental que Weber trabajaría y el lugar de Nietzsche ahí.

antes de responder sobre la posible influencia entre dos autores Schluchter realiza una serie de distinciones, reemplazando el concepto de influencia por el de dependencia:

Cuando se habla de dependencia [...] se haría bien en diferenciar tres casos: la dependencia genética, la hermenéutica y la sistemática. La dependencia genética exige una investigación histórica que presente imputaciones causales válidas. De modo que compruebe cómo el autor A realmente afectó al autor B; la dependencia hermenéutica indica que un teorema, como por ejemplo el de la relación entre la moral de señores y de esclavos, es entendido por el autor B tal como lo hace el autor A. La dependencia sistemática se da cuando acuerdan tanto sobre la concepción global como también la solución del problema. Si está refutada la solución de A, lo mismo sucederá con la de B (Schluchter, 1996, p. 168).

Hechas estas diferencias, Schluchter se pregunta qué tipo de relación de dependencia se puede derivar de la hipotética afirmación de Weber. En su lectura “esta es genética, aunque en un sentido extraordinariamente vago, en el sentido de una dependencia del espíritu de la época” (Schluchter, 1996, p. 168). De las declaraciones individuales de Weber no puede seguirse ni una dependencia hermenéutica ni sistemática. Para esto debería analizarse el conjunto de la obra weberiana. Sin embargo, “también en la obra se encuentra extraordinariamente poco” (Schluchter, 1996, p. 169). Lo que obliga, a quienes quieren ver en Weber una influencia de Nietzsche, afirmar que ésta se encuentra escondida; que Nietzsche “es quien da la puerta de entrada a su trasfondo” (Schluchter, 1996, p. 169). Schluchter parece dirigirse aquí contra Mommsen o Hennis.

Para refutar esto, Schluchter dedica el resto del artículo a resumir la estructura fundamental de las ideas de Nietzsche y las de Weber para, luego, ver su relación de compatibilidad o no. Así, en el artículo encontramos que, si el joven Nietzsche concibe el mundo dualísticamente en la tensión entre Apolo y Dioniso, con el desarrollo de su obra reduce su teoría a un monismo biologicista-naturalista (Schluchter, 1996, p. 177). En oposición a esto, Weber resiste la tentación de identificar ser y deber ser. Él “interpreta el proceso de lo viviente como una correlación entre ser y valor y por eso, en última instancia, de manera dualística” (Schluchter, 1996, p. 179). Pero no solo es este aspecto el que los diferencia. Weber se distanciaría, también, de las derivas morales de la obra de Nietzsche (Schluchter, 1996, p. 180). Si éste establece jerarquías naturales entre humanos, Weber posee una moral kantiana

de corte universalista. Una lectura atenta a la estructura fundamental de las ideas de Nietzsche y Weber muestran, para Schluchter, la radical incompatibilidad entre uno y otro y, por eso, la inexistencia de una dependencia hermenéutica o sistemática del segundo para con el primero. Es decir, que el pensamiento de Weber no tiene deuda teórica alguna con el de Nietzsche, ya que las estructuras fundamentales de las indagaciones de cada uno son incompatibles.

Aunque difieren en su interpretación específica de Nietzsche y de Weber —y por eso de su relación—, hay algo que asemeja al trabajo que realizan Mommsen, Hennis y Schluchter: los tres se interrogan por la influencia de Nietzsche no en esto o aquello particular y que irrumpiría en la superficie de textos particulares, sino en el aspecto general de la obra y que subyacería a su totalidad. Al mismo tiempo, y exigidos por su método de lectura —y donde esto se ve más claramente es en Schluchter—, la respuesta positiva o negativa de por la influencia de Nietzsche en Weber o del nietzscheanismo de Weber está sujeto un trabajo exclusivamente dedicado a las ideas de ambos autores. Este trabajo buscaría, primero, las ideas centrales de Weber y, luego, las compararía con las de Nietzsche buscando similitudes y diferencias. El peligro que se nos presenta parece residir en que la variación en nuestra interpretación de los autores tendría la capacidad de modificar retroactivamente la influencia históricamente situada de Nietzsche sobre Weber.

En otras palabras, leyendo a Mommsen, Hennis y Schluchter, pareciera que las conclusiones de nuestra investigación de dependencia o independencia estarán sujetas a qué Nietzsche y qué Weber construyamos. La variación en las interpretaciones de ambos podría mostrar dependencias sistemáticas o hermenéuticas, afinidades entre concepciones histórico-universales en el decir de Mommsen o similitudes de sintonía e inspiración en el de Hennis. El resultado de la investigación dependerá, entonces, de nuestra capacidad de encontrar similitudes y diferencias entre las ideas de los pensadores, *estableciendo una relación de continuidad inmediata entre la similitud de ideas y la influencia histórico-concreta*. Con esto llegamos al problema principal de este método: hacer un trabajo dedicado sólo a la comparación de ideas parece no diferenciar entre *la obra* del autor A y los *efectos históricos de la obra* del mismo autor A sobre B.

En el caso de Schluchter, esta indistinción es evidente. A tal punto que, buscando polemizar con las hipótesis que sostienen que Weber realiza una lectura político realista de Nietzsche, cree refutarlas al afirmar que:

Nosotros vemos hoy de forma más clara que sus contemporáneos, que Nietzsche en ningún caso siguió a los románticos [...] pero también, tras las interpretaciones clarificadoras de Karl Jaspers, Karl Löwith y en especial Walter Kaufmann y tras la destrucción de la edición compilada por Elisabeth Förster-Nietzsche de *La voluntad de poder* gracias a Giorgio Colli y Mazzino Montinari, somos capaces de no seguir leyendo ya a Nietzsche primeramente como un político realista (Schluchter, 1996, p. 171).

Las hipótesis que sostienen que Weber leía a Nietzsche como un político realista se equivocan, para Schluchter, porque Nietzsche nunca tuvo un pensamiento tal. Cualquier lector de Nietzsche que tenga en cuenta los aportes de Jaspers, Löwith y Kaufmann o use la edición crítica de Colli y Montinari podría darse cuenta de esto. Ahora bien, aun si aceptáramos, hoy en día, que Nietzsche no era un romántico ni un político realista, ¿ello nos dice algo sobre la influencia real de Nietzsche en Weber, Simmel o cualquier otro autor o autora? La discusión sobre la obra de Nietzsche y su correcta interpretación no modifica retroactivamente el efecto Nietzsche. O, como señala Jacques Derrida en *Otobiografías*: “el efecto o estructura de un texto no puede reducirse a su ‘verdad’, o a lo que su presunto autor haya querido decir” (2005, p. 93).

Con esto, llegamos a una distinción analítica fundamental: las herramientas que se necesitan para analizar una obra *en sí misma* no coinciden completamente con las que demandan la indagación de los *efectos* de ésta, siendo la influencia en otro autor uno de sus posibles efectos. De allí que una lectura que solo enfatice la dependencia hermenéutica o sistemática, en ambos casos basadas en un estudio de las ideas, tesis y teoremas de los autores, puede olvidar la historicidad de todo pensamiento. Justamente, el modo en el cual Weber leyó a Nietzsche fue en un contexto ausente de los avances en las ediciones filológicas de sus obras, las nuevas interpretaciones, etc. Aún más, mientras que apoyarse en *La voluntad de poder* —el libro de Nietzsche que su hermana Elisabeth Förster construyó tras la muerte de aquel— para afirmar algo sobre el propio Nietzsche constituye hoy un sinsentido, en el

caso de que queramos estudiar su influencia en los inicios del siglo XX, representará, por el contrario, un paso ineludible.

Al centrarnos en los efectos de la obra de un autor, en este caso Nietzsche, y no en el significado de la obra misma, la mera comparación entre las ideas del autor supuestamente influenciado y su compatibilidad o diferencia con Nietzsche *en sí mismo*, se vuelve insuficiente. El riesgo de hacer esto es doble: por un lado, *el resultado de nuestra investigación variará al compás de nuestra capacidad de encontrar similitudes o diferencias y, por el otro, estaremos tentados de elevar cualquier similitud de ideas a una relación de influencia.*

Frente a estos riesgos es que aparecen dos precauciones de método. La primera debiera responder a la siguiente pregunta: habida cuenta de que la similitud entre ideas no se nos presenta como un criterio robusto para imputar relaciones de influencia ¿cómo reforzar el trabajo comparativo de ideas? ¿Cómo reforzar el criterio de la similitud de ideas? Es que, como sostiene Michael Pape, “querer demostrar una influencia directa a través de la extracción de algunos aspectos de las obras completas esconde siempre una imprecisión segura” (2017, p. 11). Para poder sortear esta imprecisión acudiremos a los aportes de Quentin Skinner y W.T. Jones sobre el concepto de influencia utilizando, también, otros comentaristas de la relación Nietzsche-Weber y/o autores que movilicen el concepto de influencia o una reflexión teórica sobre él. Pero antes debemos dejar asentada la segunda precaución que se puede extraer de lo trabajado hasta aquí.

Esta precaución surge de la sospecha de reemplazar el concepto de influencia por el de dependencia: ¿son intercambiables?, ¿toda influencia genera alguna dependencia, sea esta solo de un teorema o de los presupuestos en su conjunto? Cuanto menos debe señalarse que son dos conceptos diferenciables. Si B utiliza un teorema de A, pero instrumentalizándolo, modificándolo, está siendo influenciado por A sin volverse dependiente o, por lo menos, estableciendo un grado de dependencia muy bajo. Mientras un autor suele tener múltiples influencias, sería ilógico suponer que todas estas generan relaciones de dependencia.

Influencia no es lo mismo que dependencia. Pero lo que en Schluchter es un desplazamiento consciente hacia la pregunta por la dependencia, acontece muchas veces, sin ser explicitado, en la búsqueda de influencias. Se puede caer en la tentación de suponer que rastrear una influencia es idéntico a buscar aquella llave que nos diera acceso al pensamiento último del autor influenciado, a su fundamento. Esto se ve, por ejemplo, cuando se imputa el

carácter nietzscheano de tal o cual pensamiento de Weber. Como si Nietzsche fuera el fundamento escondido que diera inteligibilidad al pensamiento de Weber. Un trabajo tal necesita de presupuestos no exentos de problemas. Para ganar densidad en esta precaución acudiremos, principalmente, a Michel Foucault pero también, al igual que antes, a la bibliografía sobre Nietzsche y Weber, en particular, y a otra literatura donde aparece el concepto de influencia, en general. Pasemos ahora a ganar claridad con nuestra primera precaución.

Además de ideas: conceptos e historia

En 1996, el mismo año en que Schluchter publicó su artículo sobre Nietzsche y Weber, Francis Oakley, parafraseando el título homónimo del crítico literario Harold Bloom, observó que entre los historiadores dominaba una angustia de la influencia. Lo que le interesaba era remarcar “no la angustia en torno al *hecho* de la influencia en sí misma” es decir cómo uno o una en tanto que auto o autora sufre el hecho de estar siempre influenciado por otros autores y autoras —interés primordial de la obra de Bloom—, “sino la inquietud generada actualmente a lo largo de los historiadores por la *sugerencia* de que un pensador puede haber influenciado a otro” (Oakley, 1996, p. 60). Esta angustia, según Oakley, produce un doble movimiento: una primera desestimación del concepto de influencia y de la posibilidad de rastrear relaciones de ese tipo a lo largo de la historia pero, luego, una segunda imposibilidad de desechar el concepto, haciéndolo reingresar ya sea entrecomillado o con algún sinónimo más ameno (Oakley, 1996, p. 66). Podemos pensar aquí en la utilización de conceptos como huella, rastro, afinidad electiva, etc.

Oakley refiere, también, que dicha ansiedad y angustia que el problema de imputar influencias genera, no fue acompañada por una reflexión sistemática y metodológica al respecto —a excepción en la historia del arte y la crítica literaria⁵— encontrando solo los aportes aislados de Quentin Skinner quien en “Significado y comprensión en la Historia de las Ideas” establece tres condiciones mínimas para imputar relaciones de influencia entre

⁵ Para un compendio del estado de la cuestión véase las páginas 65 a 69 del citado artículo de Oakley. Para el intento más sistemático de abordar el problema de la influencia desde la historia del arte y la crítica literaria se encuentra *Influence in Art and Literature*, publicado en 1975, de Göran Hermeren (2015).

autores. En el artículo de Skinner se lee, en contra de utilizaciones apresuradas del concepto, que

un argumento de un trabajo puede recordarle al historiador a un argumento similar de un trabajo diferente y anterior, o puede parecer que lo contradice. En ambos casos el historiador puede erróneamente suponer que fue la intención del primer escritor referirse al segundo, y puede llegar a hablar, falsamente, de la "influencia" de la obra escrita con anterioridad temporal. [...] Muchas de estas explicaciones son puramente mitológicas, como puede verse si consideramos cuales deberían haber sido las condiciones necesarias para explicar la aparición en un escritor B de cualquier doctrina invocando la "influencia" de un escritor A que le precedió. Una serie de condiciones tal debería incluir, como mínimo, lo siguiente: (i) que haya conocimiento de que B estudió los trabajos de A; (ii) que B no podría haber encontrado dichas doctrinas relevantes en ningún otro escritor que A; y (iii) que B no podría haber llegado a estas doctrinas relevantes de manera independiente (Skinner, 2010, p. 75-76)

Como se deja ver, las tres condiciones de Skinner intentar responder el mismo problema que venimos rastreando. Si las ideas pueden tener múltiples fuentes y están sujetas a diferentes interpretaciones ¿cómo reforzar el trabajo comparativo de ideas para imputar relaciones de influencia? La primera condición apunta al elemento histórico. Que B (Weber) haya leído efectivamente —y la pregunta será aquí cómo lo leyó— a A (Nietzsche). La segunda y tercera condición se solapan y refieren a la procedencia de la idea —o doctrina relevante en el decir de Skinner. Por ejemplo, aún si Weber haya leído a Nietzsche, ¿es solo a través de la idea de Nietzsche de que la vida es voluntad de poder que es posible llegar a la idea weberiana de que la lucha es un elemento ineliminable de la vida?

En la nota al pie que acompaña las indicaciones sobre el concepto de influencia Skinner invita al lector, luego de posicionarse relativamente ambiguo frente a su uso, a dirigirse a su artículo de 1966 "Los límites de la explicación histórica" donde habría trabajado con mayor extensión el problema. 17 páginas de 18 de este artículo apuntan a desestimar toda posibilidad de buscar influencias, dejando los últimos dos párrafos a la *pars construens*. El impulso que vuelve a Skinner escéptico del trabajo de rastrear influencias es, justamente, aquello que nosotros identificamos como problemático de la labor de Mommsen y Schluchter

y, en menor medida, de Hennis. Skinner observa que “existe una tendencia en el discurso histórico de elevar coincidencias al nivel de conexiones positivas” (1966, p. 207). La comparación de textos buscando similitudes o diferencias de ideas nada nos dice de la relación histórica efectiva entre dos autores. En sintonía con esto, Turner y Mazur afirman que “la búsqueda de ‘influencias’ tendió a degenerar en un ejercicio altamente subjetivo de encontrar y declarar similitudes entre textos” (2009, p. 479).

Hacia el final del texto, sin embargo, Skinner esboza cuál es la “estrategia apropiada” (1966, p. 214) por la que debe iniciar cualquier indagación de influencias. Ésta “debe no comenzar por abstraer las ideas destacadas o eventos, sino describiendo de la manera más completa posible la matriz compleja y probablemente contradictoria dentro de los cuales la idea y el evento a ser explicados puede ser localizada” (Skinner, 1966, p. 214). Es decir, la comparación de textos en busca de sus ideas destacadas necesita reforzarse con “una reconstrucción completa de la situación histórica en la cual A y B se sitúan” (Skinner, 1966, p. 214). Llegamos, así, a la base sobre la cual debe erigirse todo rastreo de influencias:

El historiador no parecer ser capaz de proveer explicaciones exitosas al rastrear las influencias y conexiones interiores por fuera de un contexto histórico. Él es capaz, de todos modos, de examinar y describir el contexto en sí mismo con mucho detalle. Una completa descripción, por otra parte, provee una perspectiva por la cual estos elementos que parecen más significativos pueden ser abstraídos. Este proceso puede llevar a una apelación exitosa de similitudes (Skinner, 1966, pp. 214-215).

Con esto, la comparación entre las ideas de autores debe complementarse con un trabajo que reconstruya la matriz histórica que los envuelve. La primera condición de “Significado y comprensión en la historia de las ideas” parece referirse a este punto. Para imputar una relación de influencia es necesario no solo la evidencia de la similitud de ideas sino también evidencia histórica. En nuestro caso, no basta solo con encontrar que Weber afirma algo idéntico a lo que podemos encontrar nosotros en Nietzsche. Debemos poder encontrar que Weber tomó ese elemento de la obra de Nietzsche y para ello debemos saber si leyó a Nietzsche y en qué condiciones lo hizo. Cumplidas estas condiciones es posible una apelación exitosa de similitudes.

Si texto y contexto requieren herramientas diferenciables e independientes —a grandes rasgos una que exige una labor eidética referida a las ideas y otra histórica— no menos cierto es que estas se alumbran mutuamente. A la similitud de ideas es necesario reforzarla con la historización. Esta historización se produce, en nuestro caso, en dos sentidos. El primero apunta a volvernos conscientes de la diferencia entre el estudio de la obra de A y el de su efecto. Es decir, en el ejemplo que venimos trabajando, que no nos interesa Nietzsche *en sí* sino en su efecto histórico. Así, serán en los recursos disponibles de Nietzsche en la época y en el modo de la circulación de su obra cercanos a Weber donde podemos encontrar la evidencia histórica que requiere la imputación de influencias. Al centrarnos en el efecto de la obra de Nietzsche y, principalmente, el modo de su circulación en los contextos intelectuales a los que Weber pertenecía, nos vemos obligados a una segunda historización: la de la obra del propio Weber. Aquí nos interesa ella en sí misma, pero en especial cómo irrumpe en ella la influencia de Nietzsche que, como vimos, es un efecto históricamente situado. Esto obliga a un trabajo que complementa el análisis de ideas de sus textos con un conocimiento del marco histórico y biográfico.

Resumámoslo en términos universales: para estudiar la influencia de A sobre B es necesario, primero, centrarse en los *efectos históricos* de A y, más específicamente, en los modos en que *la obra de A circulaba en el contexto histórico de B*. No porque B no haya podido tener una lectura directa de la obra de A y, por eso, opuesta al modo en que A era leído, sino que, incluso en ese caso, es muy probable que al ganar claridad sobre los modos en que A era leído en el contexto de B, comprendamos en qué se desvía la influencia específica que podrá ejercer el mismo A sobre B. En sintonía con esto, Turner y Mazur introducen el concepto de comunidades discursivas (2009, p. 480) para referirse a los marcos y modos en los cuales los discursos —autores, tópicos, etc.— circulan en los contextos en los cuales un autor se mueve⁶.

⁶ Hay una cercanía entre el concepto de “comunidades discursivas” que utilizan Turner y Mazur y el de “comunidades interpretativas” de Stanley Fish. En las palabras de Fish: “La noción de ‘comunidades interpretativas’ que ha aparecido ocasionalmente en mis discursos antes, se convierte ahora central. De hecho, son las comunidades interpretativas, antes que el texto o el lector, las que producen significados y son responsables de la emergencia de elementos formales. [...] Las estrategias de lectura existen de antemano al acto de leer y, por ello, determinan y dan forma a lo que se lee” (1980, p. 14). En ambos casos está el reconocimiento de que la actualización del contenido del texto depende del aquí y ahora de su lectura. Creemos que la comunidad discursiva es un paso anterior a una comunidad interpretativa. Si la comunidad interpretativa es un conjunto de estrategias interpretativas, la comunidad discursiva es el conjunto de temas y tópicos a interpretar que le subyace.

Es relevante, en nuestro ejemplo, saber si Weber participaba de comunidades discursivas donde el nombre de Nietzsche circulaba y, en ese caso, cómo lo hacía. Pero también pueden existir vínculos individuales por dentro o por fuera de las principales comunidades discursivas que sean significativos para explicar la influencia de Nietzsche sobre Weber. Algunos autores que trabajen especialmente la obra de Nietzsche —Georg Simmel y Alois Riehl en este caso— resultan mediadores fundamentales entre la obra de éste y la de Weber. Es a través del modo en que circula Nietzsche y de sus mediadores que podemos delimitar su influencia sobre Weber. Claro que ninguna de estas dos instancias anula la posibilidad de una lectura directa de Nietzsche por parte de Weber y, con ello, de la diferencia de su interpretación respecto tanto a los mediadores como del modo en el que circula en las comunidades discursivas.

Historizar los efectos de la obra de A implica situar y conocer las comunidades discursivas en las cuales la obra de A circula y a las que B tiene acceso. Esto sin dejar de prestar atención, también, a los mediadores individuales de la obra de A que pueden ser fundamentales para B. Con esto asentado, volvamos a las condiciones marcadas por Skinner. Si la primera condición —que haya conocimiento de que B estudió los trabajos de A— puede considerarse cumplida con la evidencia directa del conocimiento y la delimitación de las comunidades discursivas y mediadores presentes, ¿qué sucede con las otras dos condiciones? En nuestro caso, ni el conocimiento de Nietzsche, ni el de su estudio, por parte de Weber es garantía suficiente para imputar una relación de influencia. Esto nos obliga a realizar un análisis del contenido de los textos. A esto apunta tanto la segunda condición —que B no podría haber encontrado dichas doctrinas relevantes en ningún otro escritor que A— como la tercera: que A no podría haber llegado a estas doctrinas relevantes de manera independiente.

Pero mientras el grado de certeza que es posible alcanzar respecto a la primera condición es alto, en el caso de la segunda y, aún más, en la tercera no lo es. ¿Cómo podemos ganar precisión de qué Weber no sólo entro en contacto con la obra de Nietzsche, sino que determinados elementos de su pensamiento los tomó de aquel? Nos acecha la voz del escepticismo de Skinner afirmando que “la índole de estas pretensiones no puede ser superior al de una apuesta o conjetura” (1966, p. 212). Sin embargo, lo que cualquier apostador o casa de apuestas sabe es que hay apuestas más seguras que otras, con mayor grado de probabilidad. En función de eso se asigna la ganancia por lo apostado. Que una hipótesis sea

probable, que sea una apuesta, no es algo que la haga inválida. De hecho, las hipótesis suelen moverse siempre en el plano de la probabilidad y no en el de la necesidad. Lo que necesitamos es reforzar la probabilidad de que nuestra hipótesis sea correcta o, en los términos lúdicos que introduce Skinner, necesitamos saber cómo hacer una apuesta más segura.

Hasta recién concebíamos el trabajo de buscar influencias como dividido en dos. Un trabajo histórico atento a las condiciones de recepción y comunidades discursivas en las cuales circula la obra del autor que influencia, en nuestro caso Nietzsche, y el autor influenciado participa, en nuestro caso Weber. Otro trabajo eidético atento a comprender las ideas que movilizan los textos donde la influencia irrumpe. Contexto y texto, reconstrucción histórica y comparación de ideas. Ahora bien, ¿un texto solo contiene ideas? La capacidad de aumentar el carácter probable de nuestra apuesta, veremos, está sujeta a la posibilidad de otro trabajo con el texto que Skinner no parece diferenciar del eidético.

Este otro trabajo aparece especificado en un artículo de 1943 de W. T. Jones —un historiador del pensamiento político— titulado “Sobre el significado del término ‘influencia’ en los Estudios Históricos”. Como Skinner, Jones brinda una serie de condiciones para imputar relaciones de influencia:

(i) *prioridad temporal*: A antes que B; (ii) *dependencia*: si A no hubiera ocurrido, B no tendría las características exactas que tiene; (iii) *conocimiento*: B debe tener conciencia de la existencia de A; (iv) *similitud*: B es similar en algún aspecto respecto a A (Jones, 1943, p. 194)

En la medida que (i), la prioridad temporal, y (iii), el conocimiento histórico, no resultan novedosos respecto a los criterios de Skinner, nos centraremos en (ii), la dependencia, y, específicamente, en (iv), la similitud. Desde el comienzo Jones señala que la dependencia de B respecto de A solo puede ser medido en términos de probabilidad ya que “esta condición es en principio inverificable [...] Como por definición A ocurrió, no podremos nunca observar el caso que pruebe la dependencia de B con A” (Jones, 1943, p. 194). Pero de aquí no se sigue una conclusión completamente escéptica como en Skinner. De la imposibilidad de encontrar resultados necesarios no se sigue la incapacidad de “realizar al menos juicios *probables* sobre la dependencia” (Jones, 1943, p. 195).

El aumento de probabilidad de la rectitud de nuestra imputación viene dado por el fortalecimiento mutuo con las otras condiciones. Esto implica, trayendo lo ya trabajado,

delimitar las condiciones del (iii) conocimiento de quien influencia, las comunidades discursivas, mediadores etc. Junto a este trabajo aparece el que surge de la cuarta condición: la similitud. Para Jones “a mayor cantidad de elementos compartidos por el par (A-B) y no por otros objetos, mayor probabilidad de que uno de los que conforman nuestro par sea dependiente del otro” (Jones, 1943, p. 195). Pero Jones complejiza el concepto de similitud que veníamos utilizando hasta aquí. Mientras Skinner parece hacer referencia únicamente a la similitud entre las ideas presentes en los textos, Jones se detiene en diferentes modos en los cuales la similitud se da⁷. Esto permite aumentar la exhaustividad de una investigación y, a su vez, la probabilidad de la hipótesis.

La distinción que principalmente nos interesa es aquella entre una similitud eidética o referente a las ideas que un texto presenta y una similitud terminológica y/o conceptual referida a las palabras en las cuales las ideas se movilizan. A la similitud entre símbolos verbales Jones la engloba en el subtipo *Q—Similarity* (en referencia a *Quotation Similarity*). Esta similitud es la que se encuentra presente en las citas, paráfrasis indirectas y utilización de conceptos o términos de un autor X. Así, por ejemplo, no es necesario que se encuentre presente una cita directa para saber que si B utiliza el concepto “voluntad de poder” hay grandes probabilidades de que constituya una referencia a Nietzsche. Con esto “a mayor número de palabras (consecutivamente) idénticas, más improbable resulta otra explicación más que la del conocimiento” (Jones, 1943, p. 196) de A por B. Este tipo de similitudes posee una evidencia más fácil de demostrar que aquella otra que Jones llama *I—Similarity* (en referencia a *Idea Similarity*). Este terreno es más incierto en la medida que las características e ideas que cada autor posee no son evidentes y están sujetas a interpretaciones. Mientras nadie duda de la procedencia nietzscheana del concepto de voluntad de poder, no hay acuerdo respecto a sus presupuestos, corolarios, etc. Skinner al trabajar el problema de la similitud parece centrarse solamente en este segundo aspecto y, en la medida que tiene un

⁷ Una aclaración sobre el concepto de similitud resulta necesaria. De la utilización de éste pareciera que toda influencia se debe dar por la incorporación positiva de rasgos de un autor en otro. De manera que solo haya influencia si hay coincidencia entre sus ideas, términos, etc. Esto, lógicamente, pareciera dejar de lado toda influencia que se manifieste como negativa. En el caso de que un autor B construya toda su teoría en oposición a A, ¿estaría influenciado por A? La respuesta es sí. De todos modos, debería cumplir los requisitos de conocimiento histórico y similitud, pero no en cuanto a la coincidencia en la valoración sobre lo que es similar, sino en los problemas trabajados, en objeto de preocupación, etc. Esto cobra mayor transparencia en el caso extremo: no necesariamente la diferencia entre dos elementos marca que haya una influencia por la negativa del primero y el segundo.

grado de certeza menor, lo conduce al escepticismo. A diferencia de la similitud de ideas, la similitud conceptual representa un suelo más robusto para construir una hipótesis de influencia.

Esto no debe implicar un fetiche de la cita. La suma cuantitativa de referencias a un autor puede no significar, necesariamente, un aporte cualitativo de éste. Entre el trabajo de ideas y el de conceptos debe pensarse una mutua articulación y fortalecimiento. La mera referencia cuantitativa a un autor no hace a una influencia, así como una fuerte similitud de ideas carente de referencias es también, una prueba incierta. Es por eso que las condiciones de Jones son preferibles a las de Skinner. Mientras las del primero tienen la ventaja de apuntar cada una a un área de trabajo diferenciable y, por eso, permiten reforzarse mutuamente, la segunda y tercera condición de Skinner se superponen y apuntan al mismo elemento: el trabajo con las ideas que movilizan los textos.

En un espíritu similar al de Jones, Turner y Mazur, en su trabajo sobre la influencia de Weber en Morgenthau, enfatizan la importancia de los conceptos distinguibles, a diferencia de los conceptos genéricos, como factores de evidencia. Si la similitud de ideas no es un criterio robusto para imputar relaciones de influencia, porque una idea puede surgir de múltiples fuentes, la aparición de conceptos distinguibles en los cuales esa idea se moviliza nos permite reforzar la probabilidad de la hipótesis. Mientras la afirmación de que la lucha es un elemento de la vida entra dentro de un concepto genérico, voluntad de poder es un concepto distinguiblemente de Nietzsche. Pero, generalmente, los conceptos distinguibles no se movilizan solos. Junto a ellos suelen aparecer constelaciones conceptuales y motivos específicos. Es decir, alrededor de un concepto distinguible suele aparecer una gama de conceptos y problemas más o menos distinguibles que forman un conjunto y se iluminan mutuamente. En el caso inicial del discurso de Weber de 1895 “El Estado nacional y la política económica”, una lectura atenta descubre que alrededor del problema del “epigonismo” se construye una constelación conceptual deudora de la obra de Friedrich Nietzsche. El “epigonismo” como parálisis de la acción, como saturación de pasado en el presente —al suponer éste como la culminación y desarrollo lógico de aquel—, debe ser enfrentado

apelando la energía jovial, y a la vez madura, capaz de emprender grandes acciones movidas por ilusiones⁸.

Como dijimos, cada uno de los trabajos se refuerzan recíprocamente. Pensemos el caso de la participación de comunidades discursivas —donde la obra, motivos y conceptos de un autor circulan— y la posibilidad de referirse o parafrasear indirectamente algo que es conocimiento común. Como sostiene Graciela Reyes en *Los procedimientos de la cita: estilo directo y estilo indirecto*: “se puede citar a A sin indicar que se lo está haciendo y sin siquiera nombrarlo, imitando, por ejemplo, su entonación y reproduciendo alguna de sus frases, que B y su interlocutor conocen muy bien” (2002, p. 8). Las citas indirectas, encubiertas y/o ecos solo pueden comprenderse situándonos en las comunidades discursivas a las que fueron originalmente destinadas. Es que “por no ser expresas, muchas de estas citas se interpretan como tales solo en el discurso, gracias a la información contextual, y muy difícilmente en frases aisladas. Así sucede, por ejemplo, con los ecos” (Reyes, 1996, p. 10).

En resumen: al trabajo histórico-contextual, referido a la delimitación biográfica de comunidades discursivas, es necesario reforzarlo con un trabajo textual a dos tiempos. Uno atento a las ideas y otro a los conceptos. Las sumas de estas pruebas hacen a una conjetura probable. La anterioridad temporal de B con A, sumado al conocimiento de A por B, una similitud de ideas y una similitud conceptual —a través del trabajo con conceptos y constelaciones conceptuales distinguibles situándolos en comunidades discursivas específicas— dan como resultado una apuesta medianamente segura para imputar una relación de influencia y, si es el caso, de dependencia. Esto estará sujeto a la especificidad de cada una de las pruebas, en especial, a las similitudes rastreadas de ambos signos y la cantidad de material histórico-biográfico recuperable⁹.

⁸ Profundicé esta relación de influencia en “Una gran victoria es un gran peligro: Max Weber, Friedrich Nietzsche y el problema del epigonismo” un artículo escrito en 2016 y publicado en 2018. Este artículo fue el impulso inicial de mi investigación y, en tanto tal, se encuentran en germen las preocupaciones y propuestas metodológicas aquí planteadas, pero, por eso, en un estadio aún impreciso. Más adelante en mi tesis de maestría, titulada “La influencia de Friedrich Nietzsche en el pensamiento político de Max Weber entre 1892 y 1898”, realicé una investigación más precisa sobre el tema. La introducción de aquella tesis incluye una versión preliminar de las consideraciones metodológicas aquí presentadas.

⁹ El trabajo que tenemos en mente es similar al que el hispanista Nelson R. Orringer realiza con la obra de Ortega y Gasset (1979) y Unamuno (1985). En ambos casos Orringer rastrea las fuentes que irrumpen en sus respectivas obras a través de una comparación conceptual y teórica. Así, establece paralelos a través de paráfrasis y citas ocultas. Agradecemos a Martín Prestía el habernos mencionado la existencia de este Orringer y su forma de trabajo.

Después del trabajo realizado podemos volver a las distinciones presentes en Schluchter. Pero es necesario jerarquizarlas. Solo la existencia de vínculos históricos efectivos (dependencia genética) —que B leyó o pudo leer a A y el modo en que lo hizo— puede hacer posible que B haya tomado prestado de A algún postulado teórico (dependencia hermenéutica). De existir ambos hechos, es posible preguntarse en qué medida la relación entre B y A no representa ya una dependencia sistemática. Al estar jerarquizados, toda discusión de ideas —sea respecto a una dependencia hermenéutica o sistemática— está atada a la posibilidad histórica que haya sucedido. Esto torna insuficiente un análisis meramente textual para la búsqueda de influencias. Ahora bien, ¿es lo mismo una relación de influencia y una de dependencia? Esto nos dirige hacia la segunda precaución.

Antes que la comparación de obras completas, el rastreo de irrupciones singulares

¿Toda relación de influencia genera relaciones de dependencia? Entre ambos tipos de relación parece haber una jerarquía. Solo una influencia muy intensa puede generar una relación de dependencia sea esta de un teorema o de los presupuestos en general. La relación de influencia, al ser de una intensidad menor, permite albergar la multiplicidad. No sólo en cuanto a múltiples modos de darse: apropiación, crítica, instrumentalización, paráfrasis, repetición, cambio a lo largo del tiempo, etc. sino, también, en cuanto múltiples fuentes de la influencia: un autor o autora puede estar —y generalmente lo está— influenciada por más de un autor o autora diferente.

John Oyer, en un trabajo en torno a la influencia de Jacob Strauss en el movimiento anabaptista —y discutiendo directamente con Skinner respecto a la potencialidad de la categoría— afirma:

El sentido común nos diría que no es natural que Grebel haya sido “influenciado significativamente” por una sola persona en estas circunstancias, aún si esta persona era de hecho un líder dinámico e inspirador. Restringir la influencia tan exclusivamente a una persona requeriría alguna demostración de una peculiaridad psicológica de Grebel quien era, por algún modo, incapaz de aprender de más de una persona (Oyer, 1977, p. 78).

En sintonía con este llamado de atención, Strazzeri refiere que la originalidad de Weber debe entenderse como una “*síntesis de múltiples influencias*” (2017, p. 33). Esta multiplicidad de las influencias no parece posible en el caso de las dependencias. Principalmente en el caso de la dependencia sistemática. No pueden ser dos presupuestos globales diferentes el presupuesto de otro autor. Dependencia e influencia deben ser, entonces, diferenciables analíticamente. Pero lo que en Wolfgang Schluchter es un desplazamiento consciente hacia la pregunta por la dependencia, puede resultar una tentación inconsciente en la búsqueda de influencias. Se puede creer que rastrear una influencia es idéntico a buscar aquella llave que nos diera acceso al pensamiento último del autor influenciado, a su fundamento. O, en términos nuevamente de Strazzeri, “resulta muy tentador especular sobre cuál fue *la* influencia decisiva, o quien puede otorgar *la* llave de su posterior desarrollo” (2017, p. 33)

El concepto de influencia está muy pronto a caer en lo que Michel Foucault denomina una historia global, es decir, en un modo de ejercicio de la historia a la cual le subyacen determinados presupuestos metafísicos:

Tal es también la noción de influencias, que suministra un soporte — demasiado mágico para poder ser bien analizado— a los hechos de transmisión y de comunicación; que refiere a un proceso de índole causal los fenómenos de semejanza o de repetición; que liga a distancia y a través del tiempo, unidades definidas como individuos, obras, nociones o teorías (Foucault, 2002, p. 34).

Detengámonos, por ello, en aquello que Foucault entiende por historia global, precisando sus corolarios para la utilización del concepto de influencia.

Historia global “es la que trata de restituir la forma de conjunto de una civilización, el principio —material o espiritual— de una sociedad, la significación común a todos los fenómenos de un período” (Foucault, 2002, p. 20). En el caso de la búsqueda de influencias, la historia global repetiría el gesto de intentar encontrar en A el centro irradiador, aquello que esconde y da inteligibilidad al autor B o al pensamiento sobre algún tema del autor B. Se trataría de obtener, en nuestro ejemplo, las ideas centrales de Weber, luego de las de Nietzsche y ver en qué medida Nietzsche nos permite restituir la forma de conjunto de la obra de Weber. Nuevamente se nos vienen a la cabeza los trabajos de Mommsen, Hennis y Schluchter.

Un proyecto tal, como dice Foucault, “va ligado a dos o tres hipótesis: se supone que, entre todos los acontecimientos de un área espaciotemporal bien delimitada, entre todos los fenómenos cuyo rastro se ha encontrado, se debe poder establecer un sistema de relaciones homogéneas” (2002, p. 20). Es decir, que presuponen la existencia de algo así como *un* pensamiento fundamental de Max Weber reducible a una serie de puntos que entre sí armarían cierta sistematicidad, prolongando el mismo ejercicio con la obra de Nietzsche. Tras esto, se indagarían aquellas semejanzas —similitudes diría Skinner— o repeticiones de ideas, para constatar, así, la relación de continuidad o discontinuidad entre ambos. En ese sentido, al principio de coherencia le subyace un presupuesto: “la actividad sintética del sujeto” (Foucault, 2002: 26). La suposición de que el autor es *un* sujeto que controla la totalidad de su obra. Es un espíritu similar a estos señalamientos de Foucault el que guía a críticas tales como “que el concepto de influencia está ligado a lo que entendemos como ‘interpretaciones esencialistas’ de la literatura” (García Jurado, 2015, p. 13).

Llegados a este punto la labor crítica de Foucault se interrumpe, para aclararse. Es que la puesta en cuestión de los grandes presupuestos de las ciencias humanas —obra, autor, en este caso influencia— es una tentativa no tanto de “recusarlas definitivamente, sino de sacudir la quietud con la se los acepta [...] que son una construcción cuyas reglas se trata de conocer y cuyas justificaciones hay que controlar” (Foucault, 2002, p. 39). Desterrar *a priori* toda posibilidad de relaciones de influencia, o desestimar que el autor pueda escribir con determinada intención, o que incluso intente realizar de forma sistemática una obra, es el reverso, igualmente esencialista, de la historia global. Lo que debe hacer un proyecto alternativo a la historia global —que Foucault denomina provisoriamente historia general— no es tanto negar los conceptos de unidad —obra, autor— ni de relación entre unidades que formarían potencialmente una unidad mayor —como tradición, influencia—, sino realizar un uso diferente de ellos.

La historia general no debe sobreimprimir el sello unitario de antemano, sino permitir la dispersión de lo que está ahí: “una historia general desplegaría, por el contrario, el espacio de una dispersión” (Foucault, 2002, p. 21). En el caso de las búsquedas de influencias, este estar atento a la dispersión implica que, antes que comparar las obras completas buscando similitudes, es necesario detenerse en las irrupciones singulares en donde la influencia se podría manifestar. Ahora bien, el método que registre esta dispersión no debe tampoco tratar

“de obtener una pluralidad de historias yuxtapuestas e independientes” (Foucault, 2002, p. 20). Por ello, la crítica a la unidad inmediata no debe caer en otra forma de inmediatez: el de las particularidades inconexas y autónomas. Las irrupciones singulares de una influencia no están desprovistas de conexiones entre ellas, aunque caóticas y no reductibles a un centro unitario. En nuestro ejemplo, el modo en que Weber reaccionó después de la primera guerra mundial a la obra de Nietzsche no tiene por qué coincidir con el modo en el cual lo hizo entre 1892-1898. Esto no quita que entre ambos elementos haya conexiones y, seguramente, que la irrupción posterior en términos cronológicos tenga en cuenta, aunque sea para diferenciarse, la irrupción anterior.

Analizar una posible influencia tiene menos que ver con la búsqueda de la llave que diera acceso al pensamiento del autor influenciado que con rastrear la procedencia de ciertos conceptos, ideas, énfasis, silencios, etc. en un determinado contexto específico de la obra de un autor. Pero rastrear una procedencia no tiene que ver con la búsqueda de una “identidad o una coherencia [...] sino la proliferación de los acontecimientos a través de los cuales se han formado” (Foucault, 2014, pp. 26-27). La influencia puede darse a lo largo del tiempo, de diferentes modos, torciéndose, sin tener como resultado una suma coherente ni reductible a puntos homogéneos. Porque la influencia no es solo una relación entre cabezas que piensan, una relación espiritual del mundo de las ideas, sino, también, es una relación atravesada por materialidades: modos de recepción, incidencia pública, estados y modos de ediciones. ¿Es lo mismo leer a Nietzsche en un contexto, como el de 1914, en el que es interpretado mayoritariamente como enaltecedor de los valores guerreros y de la camaradería del frente que hacerlo en otro contexto, como 1968, en el cual aparece como la posibilidad de un pensamiento crítico antiesencialista? La irrupción de la influencia, como todo acontecimiento, “se produce en un estado de las fuerzas” (Foucault, 2014, p. 34). Las comunidades discursivas son estos campos de tensión, los estados de fuerza que permiten explicar, en parte, cómo se dan las apropiaciones de conceptos y motivos por parte de un autor. El modo en el cual está presente un autor A, el sentido con el cual se lo hace intervenir en esas comunidades condiciona toda relación de influencia que se encuentre en ellas.

Recordemos que nuestra crítica a la unidad inmediata evita caer en otra forma de inmediatez: la que supone que cada particularidad está completamente desconectada del resto, es autónoma y se explica por sí misma. Por ello el rastreo de procedencias particulares

debe realizarse, con la conciencia, a la vez, de que esa particularidad se inscribe en una generalidad (que no es idéntica a una unidad). Por lo cual no se reduce y comprende absolutamente en sí misma. Tanto por la historia que la antecede, en el caso de anteriores irrupciones de la influencia del mismo autor, como por el presente donde se inscribe —el tipo de presencia del autor que influencia en el momento del texto. Existen, de esta manera, dos relaciones de la irrupción particular de la influencia con la generalidad: con el resto de las irrupciones anteriores en el propio autor, y con las irrupciones del presente en el campo de batalla.

Trabajar con irrupciones particulares permite, al mismo tiempo, satisfacer con mayor rigurosidad, también, la primera precaución de método. Detenerse primero en cada episodio de la potencial manifestación de la influencia permite un trabajo más minucioso y riguroso. Permite aislar y delimitar el material de los tres abordajes que delimitamos anteriormente a) el estudio histórico y biográfico en torno a la disponibilidad del autor A y su presencia en las comunidades discursivas y el campo intelectual en el cual B circulaba; b) el estudio eidético que rastrea similitudes, afinidades y diferencias teóricas entre las ideas de A y B; y c) el estudio conceptual, que indague la existencia de utilizaciones, apropiaciones, paráfrasis de conceptos y constelaciones conceptuales de A por parte de B¹⁰.

Con esto, estamos en condiciones de dirigirnos hacia el final del artículo.

Conclusiones

Si en 1996 Oyer diagnosticaba que entre historiadores predominaba una angustia de las influencias, si hacia fines de 2015 me invadió la confusión por la posibilidad infinita de encontrar similitudes teóricas entre dos autores, la esperanza que guía a esta intervención es la de brindar un marco de contención para aquella angustia y aquella confusión. Es decir, una

¹⁰ Pero entre las dos precauciones no sólo hay una relación virtuosa. Estamos, también, frente a una paradoja que merece una advertencia. La primera precaución nos obliga a un trabajo minucioso, detectivesco, que pone una lupa sobre determinado contexto histórico y la relación entre dos autores. Sin un trabajo tal parece difícil precisar el alcance específico de una relación de influencia. Sin embargo, la segunda precaución nos invita a relativizar la importancia de esa relación bilateral entre A y B. Por ello, es necesario recordar que, como todo lo que necesita ser observado con lupa, lo que aparece a la vista está bajo el efecto de un aumento. Sin el aumento, no podría ser visto, con él, corremos el peligro de creer que es todo lo que hay. La solución a esta paradoja viene dada con la multiplicidad de trabajos sobre el contexto intelectual de B y sus posibles relaciones de influencia.

cartografía general dentro de las cuales las relaciones de influencia pueden darse y, junto a eso, estudiarse.

Para eso, lo primero que necesitamos fue desestimar un uso mitológico del concepto de influencia. Para eso restituimos el modo en que el concepto de influencia aparecía en las intervenciones de Mommsen, Hennis y Schluchter sobre la influencia de Nietzsche en Weber. De este trabajo observamos dos problemas que cada precaución luego presentada busca solucionar. Primer problema: elevar cualquier similitud teórica a una relación de influencia. Primera precaución: además de ideas, historia y conceptos. Necesitamos historizar el modo en que el autor influenciado entró en contacto con el autor que influencia y tenemos que estar atentos para observar el modo que impacta conceptualmente dicha influencia. Segundo problema: hacer de la búsqueda de influencias la puerta de entrada al pensamiento último del autor B. Segunda precaución: antes que comparar obras completas, rastrear irrupciones singulares en los que la influencia se da. Esto implica estar atento a la variedad en que se puede manifestar a lo largo del tiempo y en un momento dado. Las relaciones de influencia no necesariamente construyen una suma coherente y unitaria.

Romper con el uso mitológico del concepto de influencia parece hacer de la tarea de rastrear influencias un trabajo vano o de archivista. Sin embargo, a lo largo de la historia del pensamiento, muchas veces ha sido la capacidad de recuperar relaciones de influencia las que, finalmente, modificaron las interpretaciones de autores en su conjunto. En el caso de Weber, su puesta en relación con Nietzsche que creció a partir de la década de 1970, le permitió escapar del encorsetamiento positivista en el que solía ser leído. Pero este no puede ser el objetivo único de una indagación de relación de influencias. Como toda investigación científica o, mejor, como toda actividad del pensamiento, muchas veces la relevancia de su resultado es o bien incierto, o bien inanticipable.

Aun así el estudio de relaciones de influencia pone en el primer plano uno de los aspectos más interesantes de la historia del pensamiento: su materialidad. ¿Cómo se genera un pensamiento? ¿Cómo se vuelve pensable un objeto? ¿Cómo se lee a un autor, a un problema? Historizar el pensamiento nos vuelve atentos y atentas de la trama humana, demasiado humana, en el que se producen los actos intelectuales. Estados de recepción de determinadas obras, modos en las que circula, disponibilidad de las fuentes, instituciones que permiten vías de interpretación y no otras, investigadores particulares que abren o recuperan

carriles de pensamiento que no eran predominantes, entre otras cosas, hacen, finalmente, a que determinados autores o problemas sean leídos de determinados modos. Contra todo esto se puede luchar e ir en contra pero solo si, antes, se lo reconoce.

Referencias bibliográficas

Aron, Raymond (1981). Max Weber y la política de poder. *Papers: Revista de Sociología*, 15, pp. 33-53.

Derrida, Jacques (2005). De l'État - Le signe autographe. En *Otobiographies. L'enseignement de Nietzsche et la politique du nom propre* (pp. 71-114). París: Éditions Galiléé.

Eden, Robert (1983). *Political leadership & nihilism. A study of Weber & Nietzsche*. Florida: University of South Florida.

Farinetti, Marina (2006). Nietzsche en Weber: las fuentes del sentido y sinsentido de la vida. *Trabajo y sociedad: Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, VII, (8), pp. 1-15.

Fish, Stanley (1980). *Is There a Text in This Class? Authority of Interpretive Communities*. Cambridge: Harvard University Press.

Foucault, Michel (2002). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Foucault, Michel (2014). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-textos.

García Pérez, Natalia Sofía (2008). Sobre la impotencia de la libertad. Acción y sentido en el joven Nietzsche y en Max Weber. *STVUDIVM, Revista de Humanidades*, (14), pp. 41-64.

García Jurado, Francisco (2015). Tradición frente a Recepción clásica: Historia frente a Estética, autor frente a lector. *Nova tellus*, 33(1), pp. 9-37.

Graf zu Solms-Laubach, Franz (2007). *Nietzsche and Early German and Austrian Sociology*. Berlin: De Gruyter.

Hennis, Wilhelm (1986). Die Spuren Nietzsche im Werk Max Webers. *Nietzsche-Studien*, Bd. 16, pp. 382-404.

Hermerén, Göran. (2015). *Influence in Art and Literature*. Princeton: Princeton University Press.

- Jones, W. T. (1943). On the Meaning of the Term "Influence" in Historical Studies. *Ethics*, 53(3), pp. 192-201.
- Majul, Octavio (2018). Una gran victoria es un gran peligro: Max Weber, Friedrich Nietzsche y el problema del epigonismo. *Tópicos*, (54), pp. 263-300.
- Mommsen, Wolfgang (1965). Universalgeschichtliches und politisches Denken bei Max Weber. *Historische Zeitschrift*, 201, (1), pp. 557-612. Hay traducción al español: (1981) Pensamiento histórico-universal y pensamiento político. En: *Max Weber. Sociedad, política e historia* (pp. 113-169). Buenos Aires: Alfa.
- Mommsen, Wolfgang (1981). Die antinomische Struktur des politischen Denkens Max Webers. En *Historische Zeitschrift*, 233(1), pp. 35-64.
- Nietzsche, Friedrich [1873] (2011). Consideraciones intempestivas I: David Strauss, el confesor y el escritor. En *Obras completas. Volumen I*. Madrid: Tecnos, pp. 641-694.
- Nietzsche, Friedrich [1874] (2011). Consideraciones intempestivas II: Sobre la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida. En *Obras completas. Volumen I* (pp. 695-748). Madrid: Tecnos.
- Nosetto, Luciano (2015). Lo superficial y lo profundo. Max Weber, Leo Strauss y la índole práctica de la filosofía política. *Las Torres de Lucca*, N°7, pp. 133-170.
- Nosetto, Luciano y Wieczorek, Tomás (2020). *Métodos en teoría política: un manual*. Buenos Aires: IIGG-CLACSO.
- Oakley, Francis (1996). Anxieties of influence: Skinner, Figgis, conciliarism and early modern constitutionalism, *Past & Present*, 151, (1), pp. 60-110.
- Orringer, Nelson R. (1979). *Ortega y sus fuentes germánicas*. Madrid: Gredos.
- Orringer, Nelson R. (1985). *Unamuno y los protestantes liberales: Sobre las fuentes de "Del sentimiento trágico de la vida"*. Madrid: Gredos.
- Owen, David (1991). Autonomy and 'inner distance': a trace of Nietzsche in Weber *History of the Human Sciences* 4 (1), pp. 79-91.

- Oyer, John (1977) The influence of Jacob Strauss on the Anabaptists. A problema in historical methodology, en Marc Lienhard (ed.) *The origins and characteristics of Anabaptism* (pp. 62-82). La Haya: Martinus Nijhoff.
- Pape, Michael (2017). *Nietzsches Soziologie: bei Weber solund Freyer*. Nordersted: BoD.
- Pinto, Julio (1996). *Max Weber actual: liberalismo ético y democracia*. Buenos Aires: Eudeba.
- Reyes, Graciela (1996). *Los procedimientos de cita: citas encubiertas y ecos*. Madrid: Arco libros.
- Reyes, Graciela (2002). *Los procedimientos de cita: estilo directo y estilo indirecto*, Madrid. Arco Libros.
- Schleiermacher, Friedrich D.E. [1829] (1999). Primer discurso sobre el concepto de hermenéutica en relación a las indicaciones de F. A. Wolf y al manual de Ast. En *Los discursos sobre hermenéutica* (pp. 48-87). Pamplona: Cuadernos de Anuario Filosófico del Departamento de Filosofía de la Universidad de Navarra.
- Schluchter, Wolfgang (1996). Zeitgemäße Unzeitgemäße: Von Friedrich Nietzsche über Georg Simmel zu Max Weber. En *Unversöhnte Moderne* (pp. 166-187) Frankfurt: Suhrkamp.
- Schroeder, Ralph (2006). Nietzsche and Weber: Two prophets of the Modern Age. En Scott Lash y Sam Whimster (eds.) *Max Weber, Rationality and Modernity* (pp. 207-222). Londres: Routledge.
- Skinner, Quentin (1966). The Limits of Historical Explanations. *Philosophy*, 41(157), pp. 199-215.
- Skinner, Quentin (1966) (2010). Meaning and Understanding in the history of ideas. En *Visions of Politics. Volume I. Regarding Method* (pp. 57-89). Cambridge: Cambridge University Press.
- Strauss, Leo [1957] (2014). *Derecho natural e historia*. Buenos Aires: Prometeo.
- Strazzeri de Araujo, Victor Magalhães (2017). *Max Weber and German Social Democracy: a study on the relationship between the liberal bourgeoisie and the labor movement in Imperial Germany (1882-1899)* (Tesis de Doctorado). Departamento Otto Suhr de Ciencia Política del Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Libre de Berlín, Alemania.

- Strong, Tracy (1992). 'What have we to do with morals?' Nietzsche and Weber on history and ethics. *History of the Human Sciences*, (5), pp. 9-18.
- Turner, Stephen P. y Mazur, George (2009). Morgenthau as a Weberian Methodologist. *European Journal of International Relations*, 15(3), pp. 477–504.
- Weber, Max [1895] (1991). El Estado nacional y la política económica. Discurso de toma de posesión de la cátedra. En *Escritos políticos*. (pp. 63-101). Madrid: Alianza.
- Warren, Mark (1988). Max Weber's Liberalism for a Nietzschean World. *American Political Science Review*, 82, (1), pp. 31-50.